

S



LEMA

El juicio literario se esclarece y depura, como la mente del viajero, con la experiencia de la inagotable variedad de las cosas.

Tanto más límpida y profunda es la visión del pensador, cuanto más ha franqueado los horizontes de su pensamiento a los que el poeta llama "los cuatro vientos del espíritu".

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la sanción de la más cercana posteridad.

Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea o una forma de arte, nervio y carácter de sus juicios, la íntima serenidad que se levanta, augusta y vencedora, sobre los apasionamientos de ese amor, como se cierne sobre las tempestades de la tierra la paz de las alturas.

Me parece haber afirmado alguna vez que en la aleación del alma crítica grande y generoso es indispensable elemento una buena porción de aquella sustancia etérea, vaga, dotada de infinita elasticidad, sensible y dócil a la presión de todos los resortes humanos, fácilmente adaptable a las más diversas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el gran estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico.

Agregaré que la más elevada aspiración de un espíritu literario, ha de cifrarse en la ciudadanía de la "ciudad ideal" que imaginaron en Wéimar los dos geniales colaboradores de "Las Horas" y a la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos y la reconciliación de todas las inteligencias.

Hagamos del amor, que comunica fuerza y gracia a cuanto inspira, y engendra en el pensamiento la noble virtud de comprenderlo todo, el gran principio de nuestra filosofía literaria.

Comprender es casi siempre tolerar; "tolerar es fecundar la vida". El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender individualidades, épocas y gustos más opuestos.

José Enrique Rodó